

Entre plumas

Fabián Camilo Peralta Sierra

Licenciatura en Ingles

Universidad del Tolima

Esto no es tan descabellado si se pone en el contexto de nuestros relatos tradicionales de índole costumbrista. Hay que aclarar que mis tíos y mis abuelos vivieron buena parte de sus vidas en la zona rural de Anzoátegui, limítrofe con Santa Isabel (Tolima). Cuenta mi tío Arquímedes que una noche que estaban reunidos sus hermanos y papá Nazario (mi abuelo) oyeron

unos ruidos extraños, risas burlonas y arañadas en las puertas. Todo eso a altas horas de la noche justo cuando estaban cenando en la cocina (no sé si estaba mi abuela y el resto de mis tíos, lo que sé es que en ese tiempo todavía no había nacido mi padre). Seguían los ruidos en las paredes y el tejado agrestes en medio de la penumbra entera, teniendo en cuenta en ese tiempo no había servicio de electricidad en esa zona. Luego, empezaron los golpes a la puerta seguidos de las risas horribles como de mujer. Por las rendijas se percataron que esos entes eran como avestruces o, mejor dicho, piscos (pavos). Golpeaban fuertemente la puerta. Más, uno de ellos sacó su arma y les disparó, y no faltaron los rezos. Aquellas brujas acecharon por varios minutos y se fueron. ¡No quiero saber lo que fue experimentar esos instantes de sudor frío, confusión y miedo!

Otro caso es el de mi primo Andrey, quien me contó a mí en medio de una reunión familiar dos experiencias con ese tipo de brujas. Una madrugada que cesó un festejo se fue a descansar. Ese caso fue en el barrio Jordán de Ibagué (Tolima). Una vez en la alcoba que le prestaron sus paisanos para dormir, se acostó como cualquiera que reposa después de beber cantidades poco prudentes de alcohol. Pues sucedió que el pecho le era presionado. No vio torso ni manos que lo estuvieran paralizando, pero eso lo estaba asfixiando poco a poco sin la posibilidad de defenderse, hasta que aquello lo dejó tranquilo. El único familiar que con él descansaba en ese cuarto estaba dormido durante ese lapso, por eso no cabe en mente que aquel le estuviera asfixiando aposta. Entonces, horas después, cerca al medio día, después de tan horrendo susto (tan cercano a la famosa 'parálisis del sueño'), hizo mi primo lo que todo parrandero hace, 'desenguayabarse'. Se estuvo en el patio de la casa que, por cierto,



tenía paredes sin pañetar, un árbol en el medio y un estilo rústico. Todo normal hasta ahí, hasta que en medio de su 'guayabo', vio a un ave enorme posada entre el árbol y una pared limítrofe con una casa vecina. Lo sorprendió el hecho de que sus parientes tuvieran un pavito en la casa, pero él se percató que no tenían piscos ni gallinas. Entonces el ser aquel en forma de ave se le quedó viendo por varios minutos, soltó una carcajada y echó vuelo como lo haría un buitre o alguna otra ave. Me quiero imaginar el grito que soltó el pobre primo.

Por otra parte, Andrey mencionó también que una vez que fue a pasear a Rovira junto a su primo John, permanecieron en la plaza del pueblo por varios minutos como si estuvieran esperando a alguien o hubieran salido de una fiesta a altas horas de la noche. La sorpresa fue ver la plaza repleta de piscos como si ésta fuera un corral y no la plaza pública que se visualiza normalmente. Por unos minutos vieron tal cosa hasta que desviaron la vista y ya los piscos no aparecían, como si, literalmente, se hubieran desvanecido por arte de magia. Sinceramente, no sé mucho sobre esa última historia; debe ser que el primo no quiso continuarla o más bien, fue un hecho al que no le dio mucha relevancia. Lo que sí puedo decir es que Rovira es destacado entre los pueblos tolimenses por sus relatos paranormales.

Aparte de mi círculo familiar, éste apareció en noticiero nacional, ocurrió hace muchos años: Todo pasó en Neiva. Unos jóvenes estaban jugando fútbol por la noche en un barrio popular de la ciudad. Entonces, al lanzar uno de ellos la pelota hacia un lote, ni corto ni perezoso tomó la iniciativa de recoger el balón y continuar el juego. Fue el pobre muchacho y salió volado del susto hacia sus compañeros. Les contó todo, y hasta ellos lograron atisbar al ser emplumado

que reposaba en el lote. Era un ave oscura, casi del tamaño de un avestruz. En medio del miedo, agarraron piedras y lapidaron al horrendo ser que soltaba llantos y gritos femeninos en medio de tremenda lluvia de piedras. ¿Qué más podían hacer aquellos niños? Huir despavoridos y dejar a su suerte al monstruo plumiforme que yacía ensangrentada.

Lo más seguro era acudir en medio del pánico, el terror y las lágrimas a sus hogares y contar toda esa escena sacada de película.

A la mañana siguiente, en ese lote del barrio encontraron a una mujer desnuda y ensangrentada que yacía perpleja y moribunda. Acto seguido, se la llevaron en ambulancia a una clínica principal de la ciudad y la postraron en una camilla. Pasado un rato en que doctores y enfermeros discutían el origen de esa señora tan horrenda que fue apedreada, la fueron a ver, y se llevaron una gran sorpresa, aquella mujer siniestra había desaparecido del hospital. Nadie podía dar una respuesta satisfactoria sobre su paradero.

Volviendo a mis círculos familiares, mi abuela Eloísa ha tenido muchas experiencias que pueden catalogarse de paranormales. Entre ellas, una vez que, caminando de noche por el camino real de la vereda donde vive, atisbó algo a las dos de la mañana. Según ella era una mujer pisco merodeando a esas horas. Era un ser azabache y volador que soltaba ruidos nefastos.

Se dice que esas brujas estudian ciertas fórmulas para convertirse en lechuzas, o especialmente en piscos. Rondan desde altas horas de la noche hasta las cinco de la mañana. Para ahuyentarlas se necesita orar, ayunar o dispararles con balas hechas bendecir por un sacerdote (de lo contrario no les hace daño, salvo que tengan algún punto débil).

